

Francisco I habiendo sabido que un hugonote habia tenido la audacia de mutilar en medio mismo de Paris una imagen de nuestra Señora, condenó solemnemente á hacer una reparacion á la Madre de Dios, debiendo ir descalzo, con la cabeza descubierta y un cirio en la mano. Los señores de la corte y los miembros del parlamento seguian al monarca, que colocó por sus propias manos sobre el altar donde habia tenido lugar la mutilacion, una magnífica estatua de la Virgen. (23)

En España, la obra comenzada por Pelayo bajo los auspicios de María para librar á la península de los moros, acababa de ser consumada por la toma de Granada. El primer grito de la independencia española en la caverna de Covadonga habia sido ¡*Marta!* La última victoria habia sido alcanzada bajo su bandera por Fernando el Católico, que habia hecho grabar en oro sobre su magnífica hoja de Toledo la imagen protectora de la Virgen y escribir sobre sus estandartes: *Ave Maria.*

LIBRO XII.

Las últimas herejías.

EN la Caramania desierta, hácia el golfo Pérsico, vegeta un arbolillo á quien los persas llaman *gubad samoun* (flor que empozoña el viento). La heregía acababa de despertar en la fria Alemania, y como aquella flor empozoñada que inocula á las cálidas brisas del estío persa una cualidad tan mortífera, que mata al desgraciado que la respira, así aquel soplo fatal que partía de los países germánicos, comenzó á matar á las almas, y á matarlas por millares. Entonces fué cuando la luz viva y encantadora de la bella Estrella que tan benignamente reflejaba en el zenit del mundo cristiano los ardientes rayos del Sol increado, se oscureció en medio de las brumas espesas que la noche del error extendía sobre el cielo del Norte, y esparció un abatimiento sensible en los mismos países fieles que ella continúa en alumbrar.

Los sectarios del siglo VI se desencadenaron con violencia contra las imágenes de María y de los santos; la secta patricia de Lutero, debe hacérsela justicia, mostró á este respecto alguna moderación: (1) pero los furros de los calvinistas sobrepujan cuanto se puede imaginar.

Enemigos de las letras y de las artes tanto como del catolicismo, encubren un fogoso radicalismo bajo un semblante de religión; atacan con panfletos incendiarios, ya al papa, ya al príncipe, ya aquella pequeña minoridad que se agitaba violentamente para dictar sus creencias á la inmensa mayoría de los franceses que las derrochaba, cubrió la Francia de escombros y funerales. "Estos *buenos* reformadores, dice un conde de Lyon testigo ocular de sus victorias, *comenzaron por reformar el reposo de la tranquilidad pública.*" En Tours, en Blois, en Poitiers, en Bourges, en Ruan, robaron completamente las iglesias, mutilaron los santos y arrastraron en el lodo las imágenes de CRISTO y de la Virgen, cantando irrisoriamente las *Litanias*. (2) En Gascuña enterraban vivos á los católicos, despedazaban á los niños, y abrían el vientre á los sacerdotes para arrancarles las entrañas. Los muertos mismos no fueron respetados en sus tumbas empolvadas. Los hugonotes arrancaron á Luis XI de su sepulcro, quemaron lo que los gusanos mismos del ataud habían perdonado, y osaron arrojar al viento las cenizas de un rey cuya raza ocupaba el trono. Los padres y los abuelos de los reyes de Navarra y de los príncipes de Condé, no fueron mejor tratados que Luis XI. Las tumbas de la casa de Angulema (la casa reinante) tuvieron la misma suerte. Los señores de Longueville, arrancados medio enteros aun de sus sepulcros, fueron arrojados á los perros. (3)

El conde canónigo Saconay, que conocía muy cerca á los hugonotes de aquel tiempo, nos ha dejado en pocas palabras la relación de sus hazañas en las iglesias de Lion. "Uno de sus principales predicadores, dice Ruffi, con una espada de dos manos que llevaba de la misma manera que pintan á san Pablo, entró con sus satélites en la grande iglesia de San Juan, donde hizo derribar del medio de la santa iglesia á una imagen del Crucificado de grandísima estatura, parte de plata y el resto cubierto de planchas del mismo metal; cuando la imagen estu-

vo en el suelo, Ruffi se tiró furiosamente sobre ella, pisotéandole la cabeza; pero viendo á algunos de sus soldados y ministros que se aprovechaban de la plata mucho mas aprisa de lo que él deseaba, temiendo que se *contaminasen*, desvainó su grande espada, agitándola por algunos instantes. *¿Y qué dice, no seré yo respetado? ¿Y habrá algun otro que despedace antes que yo este grande idolo?* y diciendo así, corta la cabeza á la santa imagen de Jesús crucificado; levántala, y la mostró gritando: *He aquí la cabeza del idolo.* Pero sin embargo, como era de plata, él no la desamparó. Otros rateros querian tambien tener parte en el botín y despedazaban las imágenes de oro y plata para arrancarles algun pedazo antes de entregarlas á los grandes ladrones. A un ángel le llevaban una ala, á un santo un brazo, á una Virgen la cabeza, etc. Fundieron un Crucifijo de plata maciza que estaba en la iglesia de San Estévan, diciendo con zumba que el pobre Crucifijo estando desnudo, habia tenido frio por mucho tiempo, pero que ellos le calentarian tambien, que no volveria jamás á tenerle. Fundieron igualmente las láminas y otros adornos de los altares, que eran de tela de oro frisado, sin que les resultase gran ventaja de una cosa que valia, sin embargo, mas de diez mil escudos. ¡Ved allí, pues, un Evangelio bien entusiasmado y bien ardiente!"....

Las ermitas cuyas corporaciones seculares llamaban al viajero que habia perdido el camino prometiéndole un lecho para la noche, una cena frugal y una acogida hospitalaria, fueron arrasados por los calvinistas, que tuvieron la barbarie de herrar como á sus caballos de batalla á los piadosos ancianos que las habitaban (4).

Los sacerdotes se huían con las reliquias, los Crucifijos y las estatuas de nuestra Señora, como en el tiempo de la invasion de los piratas normandos. Uno de ellos fué á esconder hasta el fondo de Galicia la imagen de nuestra Señora de Beth-Aram, donde subsistian, y á quien los pastores habian antes encontrado milagrosamente en los bosques (5).

En Paris á los ojos mismos de la corte que los protegía entonces, mataron en San Medando, durante el sermón, á un gran número de católicos indefensos. Las parroquias sobrecojidas de la

insolencia de estos facciosos que asistían al sermón con la daga en el puño y el arcabuz á la espalda (6), pidieron que se pusiese artillería á la puerta de las iglesias para defenderlas, y llegó el momento en que las ceremonias del culto católico no podían celebrarse ya en un reino cristianísimo, sino al abrigo de una batería de cañones (7). "Entonces fué cuando comenzaron en París, dice M. Capefigue, esos escandalosos motines populares destinados á aniquilar todas las antiguas creencias. Fijábanse carteles contra la Eucaristía, contra la misa, sobre todo, hasta en los palacios del Louvre. Los muros de las iglesias y los postes de las plazas públicas testificaban cada mañana aquel ardor del proselitismo que caracteriza á la reforma (8)."

Después de haber llegado á los excesos mas inauditos que exasperan hasta el último punto á la población católica, los hugonotes publicaron un sinnúmero de apologías hipócritas, en que se colocaban en el rango de mártires. "El protestantismo, dice M. de Chateaubriand, proclamaba la intolerancia de Roma, degollando á los católicos en Inglaterra y Francia, arrojando al viento las cenizas de las tumbas, encendiendo hogueras en Ginebra, manchándose con las violencias de Munster, y dictando leyes atroces para tiranizar á los irlandeses, apenas medido libertados hoy después de tres siglos de su opresión (9)."

Los reyes no estaban mas tranquilos que los pueblos, ni el trono estaba menos amenazado que el altar. *Esas gentes son los perturbadores del reposo público*, decía Enrique VIII, enviándolos á la hoguera junto con los católicos de Inglaterra. *Yo veo la anarquía á través de su bandera*, decía Francisco I. En efecto, Lutero habia establecido como principio, que se podia hacer la guerra á los soberanos á fin de propagar el protestantismo (10), y el predicador calvinista de los Rosarios escribía en sus obras estas máximas, que aplicaba en sus manifestos contra Catalina de Médicis: *Es lícito matar á un rey ó á una reina que se opone á la reforma de la Iglesia!!* (11).

Esta insolencia y otras teorías subversivas, á las cuales no faltaba su práctica, atrañaron sobre los autores de nuestras discordias civiles tristes represalias; la política de un príncipe mortalmente irritado por una tentativa de los protestantes contra su persona (12), arrojó á la corte á un partido extremo.

Creyó, lo que era verdad, que se agitaba para la soberanía real la cuestión de *ser ó no ser*, y añadió á nuestra historia una página de sangre. La matanza de San Bartolomé libró los Valois de la suerte de los Estuardos (13), y al catolicismo de una ruina inminente; pero esta fué una medida inhumana que la religión de CRISTO reprueba, y cuya mancha sacude de su manto. Catalina y Cárlos habian disminuído la herejía y aniquilaron á los facciosos. Los obispos católicos protestaron contra este acto de intimidación y de violencia salvando á los calvinistas en sus palacios (14). Estos sectarios que tanto han pregonado y abultado sus desgracias, *no han olvidado nada sino aquello*.

Fernando el Católico, que no queria que esta mala y envenenada planta de la herejía invadiera las bellas vegas de la España y contaminara su pueblo verdaderamente cristiano, habia opuesto desde el principio á este gran mal un gran remedio, la inquisición, que detiene su marcha audaz al pié de los Pirineos.

La Italia, desgarrada entonces por las guerras civiles, fué menos feliz, y el protestantismo desplegó en el saqueo de Roma todos sus furores; el condestable de Borbon habia designado á sus soldados herejes en la mayor parte á la capital del mundo cristiano como una rica presa desnuda de defensa, á quien podían despojar casi sin un solo golpe. El espíritu que animaba á los jefes de estas hordas desordenadas, hará conocer el de los soldados. El coronel luterano Frunsberg, que marchó al sitio de Roma con el condestable, habia hecho construir una hermosa y sólida cadena de oro, cosa que no le habia costado mas trabajo que el de robarla en las iglesias, *expresamente*, decía él, *para ahorcar al papa con sus propias manos* (15).

Roma sin aliados y atacada de improviso, se defendió desde luego bravísimamente, y en el primer asalto el condestable de Borbon fué herido mortalmente de un arcabuz. Apenas tuvo tiempo de mandar que se le cubriese con su capa para ocultar su muerte á las tropas; cuidado inútil, sin embargo, porque este ruido de siniestro agüero circuló inmediatamente, y los soldados herejes, dice un historiador contemporáneo que habia recogido sus noticias en los mismos lugares, no combatieron sino para vengarle mas *endiabladamente*, lo cual ejecutaban á los gritos de

¡sangre! ¡sangre! ¡Borbon! ¡Borbon! Nada pudo resistir á estas hordas imperiales, ebrias de cólera y empapadas de sangre; las murallas fueron escaladas, los romanos se replegaron entonces y la funesta victoria de la impiedad se prosiguió de calle en calle con tal furor, que se hubiese dicho que *el infierno se habia desencadenado* y combatia bajo las banderas del príncipe de Orange, quien tuvo la triste gloria de poner fin á esta criminal empresa. “Los arcabuzazos, dice Brautome en su Vida del condestable de Borbon, los gritos de los combatientes, las quejas de los heridos, el ruido de las armas, el golpe de las picas, el sonido estrepitoso de las trompetas y el redoble continuo de los tambores que animaba á los soldados al combate, hacian tal ruido, que habria acallado el ardor del trueno si una tempestad hubie-
ra estallado en aquel momento.” Los vencedores perseguieron á los vencidos tan de cerca, que apenas tuvieron tiempo para cerrar las verjas del castillo de San Angelo y la fortaleza de la Roma moderna, donde el papa se habia refugiado á toda prisa, acompañado de algunos cardenales. Y ni aun esto habrian alcanzado sin el valor denonado y caballeresco de tres nobles jóvenes romanos de una de aquellas nobles familias patricias que ascienden auténticamente hasta el siglo de Augusto. Cuando todos se habian replegado á Roma saqueada ya, y aun cuando los príncipes de la Iglesia perseguidos por los lasquetos, dirigian sus caballos al escape hácia la ciudadela, tres, Orsini, Juanino, Antonio y Valenia, *bravos y valientes señores*, dice Brantane y Jerona Mathey, se replegaron *con doscientos buenos hombres* á la cabeza del puente Sixto, para combatir á los imperiales dejando así libre el paso. El príncipe de Orange á la cabeza de sus batallones herejes, vino á atacarlos y *de una y otra parte se combatió valerosamente*. No obstante, *el príncipe al fin cargó con tanta furia, que se vieron forzados á abandonar el punto que habian tan heroicamente defendido*; pero esto no fué sino después de haber visto cerrarse tras de los ilustres fugitivos las puertas de hierro de la ciudadela. Vencida Roma, prosigue el mismo historiador, los losqueretes, *que neciamente habian sido imbuidos en la nueva religion*, se ponen á matar y á robar sin perdonar ni las santas reliquias de los templos, ni los conventos, ni á los ministros de la religion,

ni los ornamentos de las Madonas; *su crueldad se extendió hasta sobre los mármoles y las estatuas antiguas*. Segun la costumbre de los hugonotes de aquel tiempo, mezclaron sacrilehas chocarrerías á sus escenas de sangre, de pillaje y de asquerosa disolución. *Vestidos de cardenales, hicieron procesiones por toda la ciudad rezando por burla las letanias de la Virgen santísima*. Después de haberse manchado de infamias que seria vergonzoso referir, y vergonzoso tambien el oír, estos infieles, observa Bromtoine, fueron de allí á poco á morir casi todos al sitio de Nápoles, después de haber perdido de uno ú otro modo el oro sacrilegamente robado en los altares y en los templos, lo que hizo deicir á los españoles que *el diablo se lo habia llevado*. (16)

En la Gran Bretaña, el culto de María, en otro tiempo tan popular, fué abolido por Enrique VIII y el fratricida Somerect; el pueblo lloró por mucho tiempo á la Madre de las misericordias, y venia á orar comunmente á la claridad protectora de las estrellas sobre las ruinas silenciosas de sus santuarios devastados. Los paisanos galos, estos dominicanos de Inglaterra, que habian abrazado el cristianismo antes de la llegada de los sajones, no pudieron hacerse á la ausencia de los santos, con los cuales habian elevado sus viejos robles, sus *merhiers* (17) y sus fuentes druidicas. Vigilados y fatigados como estaban por los últimos Tudores, y mas tarde por Cromwell, no podian profesar el catolicismo; y no teniendo por otra parte ni altares ni sacerdotes, se fueron haciendo paganos poco á poco: no hace muchos años que aun era cuestionable entre los anglicanos si se iria á convertir á estos *groseros ídólatras*, que faltos de simpatía por el árido y multiforme protestantismo, habian llegado á adorar á los árboles y los manantiales, como hacian los antiguos bretones del tiempo de César. (18)

Los habitantes de la frontera meridional de la Escocia no tuvieron menos repugnancia que los galos á abrazar la nueva doctrina.

El *border*, mas que ninguna otra parte del reino, estaba bajo la proteccion inmediata de María. Se habia dado su nombre al lago mas claro, (19) á las fuentes mas azules, á las ermitas mas pintorescas. Allí eran donde se elevaban Melrose y

Jedburgh, dos majestuosas abadías dedicadas á la Virgen santísima, dos edificios prodigiosos levantados por la fe que obraba milagros en un país tan pobre y continuamente agitado por las guerras extrajeras é intestinas. ¿Qué caballero del *border* al pasar por Jedburgh no había pedido en nombre de la Virgen María una hospitalidad siempre concedida generosamente? ¿Qué *chestoir* de las montañas no se había quitado su gorra azul adornada de una pluma de ojuela, delante de Melrose, el mas célebre y el mas frecuentado de las cuatro principales peregrinaciones del reino? Las baldosas de la inmensa basilica cubrían todo lo que la Escocia tuvo de mas noble en nacimiento y de ilustre en valor. Allí se hallan las cenizas de los héroes cuyas efigies acostadas sobre el mármol juntaban devotamente sus manos como para invocar á Jesus y á María, dos nombres que los católicos unian siempre. La Virgen santísima reinaba allí sobre los vivos y sobre los muertos. Durante el dia todo respiraba al rededor de ella cantos sagrados, y por la tarde cuando la tempestad rugía y el resplandor intermitente de la luna, centellaba sobre los vidrios incrustados como esmeraldas en sus frágiles cruceros de piedra, habríase creído que todas las guirnaldas petrificadas, que todas las banderas caballescacas que decoraban la iglesia, se agitaban al viento, y que los viejos lores escoceses se levantaban armados de punta en blanco sobre sus tumbas para saludar á la santa Madre del Redentor. (20)

Al pié del altar reverenciado de Nuestra Señora de Melrose, los ingleses y escoceses deponían sus odios hereditarios, sin aparcer sino como pacíficos y humildes peregrinos. Los jefes de un *Clan* se reunían á rogar allí por la salud de las almas de los guerreros de un *Clan* enemigo caído bajo su *derk*, ó bajo su *claymare* durante el período de sus guerras de montaña. (21)

Los pecheros lloraban allí sus faltas delante de la consoladora de los afligidos, y después se levantaban llenos de confianza é iban á levantar monumentos expiatorios, cuyo nombre perpetuase el recuerdo de sus remordimientos. (22)

Los predicadores calvinistas enemigos tan declarados de las artes, destruyeron á Melrose y á Jedburgh con un considerable número de santuarios de menor fama. De todos los esplendo-

res que rodeaban á la Virgen de Melrose no quedaron sino algunos restos del altar, que cubrieron bien pronto las altas yerbas y los arbustos de las ruinas. En los primeros tiempos y á través de las tinieblas de la noche deslizóse de vez en cuando una sombra negra por entre dos arcos despedazados de la iglesia abacial, y oíase un murmullo de voces humanas que se mezclaban al ronco ruido de las olas del Soveed. Era un religioso que venia furtivamente á celebrar los divinos misterios para un reducido número de fieles que no habían desertado aun el antiguo culto; estas visitas llegaron á ser tan peligrosas, que el clero debió renunciarlas por prudencia; pero nada pudo impedir al pueblo que enterrase sus muertos en los cementerios destruidos de sus antiguas abadías, y por un sentimiento de delicadeza que hace honor á los escoceses, no se enterró por largo tiempo sino mujeres en los recintos funerarios donde reposaban las virgenes del Señor. (23)

La primera cosecha que los apóstoles del calvinismo hicieron en las montañas del *border*, los desalentó de tal modo, que resolvieron abandonar los Clare á su mala suerte, y aguardar á que la carencia de luces, la privacion de los sacramentos y la falta total de las ceremonias del culto proscrito, los arrojasen en las filas del protestantismo, lo que con el tiempo se efectuó. (24)

Bajo Jacobo VI los *borders* esaban aun tan resfriados por la doctrina de Ginebra, que el rey se apoyaba en sus *Clans* belicosos, durante sus desidencias con su Iglesia demócrata. (25) Cien años después rogábase aun al borde de las fuentes que saltaban delante de las capillas arruinadas de María y de los santos y se llevaba el agua de estos manantiales á distancias grandísimas para procurar la salud de los enfermos. (26)

Los recuerdos que mas se unen á María viven aun en los valles y en los bosques del *border*; se les encuentra en las baladas históricas que cantaban los pastores y los montañeses. "Cortés un caballero traidoramente asesinado sobre un matrazal donde en un manantial de nuestra Señora lavaba sus profundas heridas, y al que llevan á su capilla para cantarle la vigilia de los muertos: Este otro es un poderoso baron á quien se enterró al pié del de la cruz de Santa María, y sobre la tumba del cual

vendrán los religiosos á orar, *mientras que en la Escocia se ruegue á nuestra Señora*. El bardo expresándose así creía decir, *siempre* aquellos son los caballeros que dejaban sus rosarios de oro en prenda de su fe etc." A cada peligro se invocaba á Dios y á nuestra Señora, jamás al uno sin el otro.

Los restos esparcidos del catolicismo se refugiaron en el Norte de Escocia, y allí protegidos por los interminables matorrales, y sus filas de arenosas montañas se han mantenido en algunos castillos solitarios que bañan las olas tormentuosas del océano setentrional. Allí es donde se ha rogado por tan largo tiempo por el restablecimiento de los Estuardos á la misma Virgen á quien aquellos príncipes honraban. El cardenal de York, el último vástago de aquella familia infortunada, habia ido á unirse con su hermano á la tumba donde se oraba aun, y algunos pobres montañeses que no pueden creer en la extincion de aquella antigua raza, ruegan todavía. (27)

La Inglaterra, católica en el fondo, ha quedado fiel al culto de la Virgen santísima, y esto en medio de la persecucion mas larga y mas opresiva que ha existido jamás. El pobre irlandés, so pena de no tener ni pan ni asilo, era forzado no solo á recompensar generosamente á los sacerdotes de una religion que no profesa, sino tambien á practicar sus ritos; pero no menos afecto de alma y corazon á la religion de sus padres venia á asistir al oficio divino á los subterráneos ignorados de sus viejas mansiones feudales, entre las ruinas de los monasterios, en las grutas sonoras en que los druidas habian celebrado en otro tiempo al murmullo agitado sus sangrientos ritos, de los cuales han heredado el espíritu y las fábulas. En las alturas se colocaban centinelas para proteger los ritos proscritos y la cabeza del sacerdote puesta á precio cual la de un bandido; porque los sabuesos protestantes que habian tomado el nombre de *mars hurtero* (cazadores de misas) engolosinados por el cebo de cinco libras esterlinas, precio á que los comisarios de Dublin pagaban la cabeza de todo eclesiástico perteneciente á la comunión de Roma, buscaban á los *papistas* á través de las montañas y los bosques como si fuesen bestias salvajes. Felizmente este tiempo espantoso ha pasado, y hoy dia seis millones de católicos invocan libremente á nuestra Señora en aquella verde isla que tan

justamente ha merecido su nombre glorioso y antiguo de *Isla de los Santos*.

No fué solo en Inglaterra donde el culto de la Virgen santísima arrancado por el huracan del protestantismo, dejó vestigios numerosos de su existencia: las ruinas melancólicas y pintorescas de los monasterios dedicados á María cubren aun los mas bellos sitios de Alemania. Un gran número de ciudades del Norte llevan su nombre todavía; en Dinamarca le tienen los golfos, y la Stúria, el Austria, la Iliria, la Suiza, el Tirol y el gran ducado de Baden, poseen aun los santuarios en que las poblaciones del otro lado del Rhin venian á orar á Nuestra Señora. Por estos restos, majestuosos todavía, de un culto tan general y tan respetado en otro tiempo, se puede juzgar de la extension de su antigua influencia, como se juzga de un naufragio por el número de mástiles medio despedazados y las velas desgarradas que flotan sobre el agua.

El culto de María reconquistó en el Nuevo Mundo lo que habia perdido en el viejo. Los misioneros españoles embárcanse con una imagen de nuestra Señora, á quien invocaban durante su peligrosa navegacion, y al término de su viaje la depositaban bajo alguna palmera de ramos gigantescos, emprendiendo con la proteccion de María, que les hacia fuertes, decian, *como un ejército formado en batalla*, la civilizacion y conversion de las dos Américas.

Los guerreros que se propusieron conquistar los países extranjeros, arrastraban tras ellos cuanto podia ser necesario para una obra de destruccion y de sangre; armas, soldados, parques de artillería: la devastacion les precede y las lágrimas les siguen. Los misioneros católicos marchaban á la conquista de las Indias Occidentales con una imagen de María, una cruz y un rosario; y gracias á sus esfuerzos casi sobrehumanos, las poblaciones arrancadas á los antros salvajes y á la sombra de grandes bosques, vinieron á formar pequeñas colonias donde se vió retoñar el cristianismo fresco y puro como en los tiempos de la primitiva Iglesia.

Aquellos religiosos que han enriquecido con un sinnúmero de conocimientos preciosos la botánica, la historia y la geografía, se hacian artistas y tambien artesanos para instruir á sus

cristianados, y guiaban á sus nuevos fieles no solo por el camino de las artes, sino tambien por el de la salud. Vióse entonces á ignorantes salvajes que no ha mucho se sentaban á un festin de carne humana, tomar el compás del arquitecto, el cincel del escultor, la paleta del pintor, y levantar con sus manos templos á Dios, y capillas á María. El rezo del rosario era el ejercicio que mejor sentaba á un pueblo cazador; así es que en la tarde, cuando á la sombra de los tulipanes y de las magnolias se tendían al raso sobre la sábana, habrían oido la salutación angélica, repetida en el idioma de los bosques por todas las colinas americanas. María era la madre del salvaje como lo era del europeo, y no se la invocaba con menos religiosidad en el templo resplandeciente de oro que los primeros conquistadores españoles habian fabricado en su honor en Méjico y en Potosí, que en las iglesias campestres que los piadosos misioneros le habian dedicado bajo el título de nuestra Señora de Loreto y de nuestra Señora de los Dolores, ya sea al borde del rio de las Amazonas, ó sobre las riberas del Huron.

La América no fué el término de las conquistas de los servidores de Dios y de María. Ellos exploraron las regiones abradadoras del Africa, y convirtieron á los príncipes negros de la Guinea y de Monomotapa, y al mismo tiempo penetraron en Ceilan, en la península de la India, en el Japon, en la China; y en todas partes la imagen de nuestra Señora fué tratada con veneracion y fervor. Las damas mongolas se inclinaban delante de la Madre de Jesús, llamándole la santa, la gloriosa María. Las damas de la China le ofrecian perfumes y flores, y los japoneses, que pagaron bien caro ¡ay! su enérgica consagracion á la fe verdadera, rezaban en sus largos rosarios de cristal, al atravesar las ciudades idólatras llenas de bonzos y paganos (29). Estos triunfos obtenidos en tierras tan lejanas, no fueron los únicos que vinieron á consolar á la Madre de Dios de los ultrajes del protestantismo. Apenas Calvino habia descendido á la tumba, cuando la batalla de Lepanto fué ganada por los españoles bajo la bandera de la Virgen Santísima (30); Juan Sobieski hizo homenaje igualmente á la Madre de Dios de su célebre victoria sobre los turcos en el sitio de Viena, y su primer cuidado al entrar en la ciudad libertada, fué ir á pros-

ternarse con la *frente sobre la tierra*, delante del altar de nuestra Señora, donde él mismo cantó un *Te-Deum* en accion de gracias. El magnífico estandarte de los mahometanos fué enviado á nuestra Señora de Loreto (31); y el héroe polaco conservó un trofeo que le pertenecia, dice, mas que todos los otros; que se habia descubierto entre las ruinas de la aldea de Wishou. Véase allí á nuestra Señora, cuya corona estaba sostenida por ángeles, que llevaban en sus manos dos libros con estas inscripciones latinas: *In hac imagine Maria, vinces Johannes. In hac imagine Maria, victor ero, Johannes*. Juan, por esta imagen de María vencerás. Por esta imagen de María, yo, Juan, seré vencedor.

Aquella imagen fué mirada como milagrosa; Juan Sobieski la destinó á su capilla real de Zolkiew, y desde entonces ella le siguió en todas sus campañas.

En el año de 1647 Fernando III se consagró solemnemente él, su familia y el imperio á la Reina del cielo.

Una gran columna fué levantada en la hermosa plaza de Viena en honor de la Concepcion Inmaculada de María, y su estatua con la luna á sus piés, hollando al mismo tiempo con ellos la cabeza de la serpiente, fué colocada en lo alto de la columna.

El calvinismo agitaba siempre la Francia, y su soplo helado penetraba en las masas: emortiguábase lenta, pero fatalmente, el sentimiento religioso, porque los diálogos insolentes y las impías chocarrerías, hacen siempre el peor efecto sobre el pueblo, que no raciocina sobre su creencia y la pierde ó la recobra segun los elementos que cautivan su atencion. Las iglesias y los altares devastados habian perdido ese santo prestigio que dan la pompa y las tradiciones de homenaje. Las Madonas despojadas y derribadas de sus pedestales, se levantaban tan pobres, que el corazon se comprimia al contemplarlas y los piés se alejaban de su santuario sin quererlo. El clero calumniado, arruinado, envilecido, no se sacaba ya sino de entre las filas del pueblo que le despreciaba, porque el pueblo, que abriga siempre un gran desprecio por el nacimiento, jamás respeta á sus iguales. En fin, las abadías colocadas en sociedad, pertenecian á militares que se encargaban de colocar allí superiores cuyo cargo se limitaba al de intendentes de las privaciones de una comuni-

dad que en adelante debía aplicar sus economías al uso de los pobres, sino al del capitán Cortesano que era el abad en compañía. Esta enormidad, que sin el socorro de las revoluciones habría concluido por hacer caer todos los monasterios de la Francia, duraba aun bajo Enrique IV, (32) no obstante las justas reclamaciones del clero, y no concluyó sino bajo el reinado de Luis XIII. Desde Luis XI hasta este príncipe, es necesario repetir uno á uno los hechos que testifican la veneración de los reyes por la Virgen Santísima. Luis XII hizo la peregrinación á Nuestra Señora de Loreto, y Enrique III en 1585 envió allí al duque de Joyeuse, con una corte magnífica, para ofrecer presentes y hacer un voto á la Santa Madonna. El mismo príncipe habiendo fundado el orden del Espíritu Santo, colocó en el número de los estatutos, que *cada caballero estaria obligado á rezar todos los dias una decena del rosario.*

Hacia el fin del siglo IV se ayunaba aun en toda la Europa católica la vigilia de las fiestas de la Virgen santísima, y ninguno estaba exceptuado de esta práctica religiosa. Los licenciosos capitanes de Carlos IX y Enrique III, se defendían valerosamente de haber violado la abstinencia en la vigilia de la Asuncion de nuestra Señora. Habiendo hecho algunos al atravesar la Italia, uno de los historiadores mas atrevidos y menos escrupulosos de aquel tiempo, juzga á propósito callar sus nombres *por respeto á su buena fama*, y protesta que aquellos gentiles-hombres estaban completamente *ignorantes* de la fiesta del siguiente dia.

El culto algo descuidado de María se levantó majestuoso en el reinado de Luis XIII. Aquel príncipe para dar gracias á la Virgen por las ventajas que habia conseguido contra los protestantes, y obtener por su intercesion una paz gloriosa con las potencias de Europa que le hacían entonces la guerra, declaró en un edicto fechado en San German de Laye (10 de febrero de 1633) que "tomando á la santísima y gloriosísima Virgen por protectora especial de su reino, le consagra particularmente sus Estados, su persona, su corona y sus súbditos, suplicándola defendiese la Francia contra el poder de todos sus enemigos, ya fuese en la paz, ya en la guerra. "Para monumento de esta consagracion, Luis prometió hacer reedificar

el altar mayor de la catedral de Paris, y de colocar allí una imagen de la Virgen teniendo entre sus manos *á su precioso Hijo descendido de la cruz*, y haciéndose representar él mismo á los piés del niño y de la Madre en el acto de ofrecerles su cetro y su corona.

Quiso, por otra parte, que el dia de la Asuncion se hiciese memoria de su edicto en todas las iglesias de Francia durante la misa mayor, y después de vísperas se hiciese una procesion solemne, á la que debían asistir todas las corporaciones soberanas y todos los magistrados de las diversas ciudades de Francia.

Luis XIV heredó de su padre la devocion á la Virgen santísima. El fué quien en 1723 hizo ejecutar á Coustou el grupo que se conoce con el nombre de Voto de Luis XIII, en que las dos figuras de mármol colocadas á cada lado representan á Luis XIII y á Luis XIV ofreciendo sus coronas á la Virgen. Este príncipe regaló á la iglesia de Bolonia la suma de 12.000, libras para cumplir el *ex-voto* de oro, que los reyes de Francia desde Luis XIII ofrecian á la Virgen á título de homenaje. Propagó con todo su poder el culto de la Concepcion immaculada, y obtuvo del papa Alejandro VII en 1657 una bula que Clemente XI confirió en 1668 para hacer celebrar esta fiesta en su reino, y á su ruego concedió el papa indulgencias en el rezo del Angelus.

Quiso recibir la confirmacion el dia de la Inmaculada Concepcion de la Virgen santísima; este hecho está certificado por esta inscripcion de la capilla del Louvre:

HAC SACRA DIE IMMACULATÆ CONCEPTIONIS,
LUDOVICUS XIV, REX,
SUSCEPIT HIC SANCTISS. CONFIRMATIONIS SACRAMENTUM.

Y debajo leíase esta inscripcion:

IMMACULATA DOMINA, SALVUM FAC REGEM.

Luis XIV heredó de su madre Ana de Austria una grande veneracion por nuestra Señora de Liesse, y vino en 1652 y 1673 y dos veces con la reina en 1680. María Tetesa, la piadosa española, esta reina que no dió jamás á su real esposo otro

disgusto que el de su muerte, fué tambien allí en 1677 y 1680. Después de la muerte de Ana de Austria, su hijo ofreció por el reposo de su alma cincuenta mil misas en los principales santuarios, dedicadas sobre todo á la imagen santísima.

Después del tratado de los Pirineos, envió á dar gracias y ofrecer ricos dones á nuestra Señora de Chartres, á nuestra Señora de Loreto y á nuestra Señora de la Gracia.

Luis el Grande, como su padre Luis XIII, pertenecía á la cofradía del escapulario, y rezaba habitualmente su rosario. El padre de La Rue admitido un día á una audiencia particular de este príncipe, le encontró piadosamente ocupado en rezar su rosario formado de grandes cuentas: manifestando el padre una gran sorpresa acompañada de respetuosos y edificantes sentimientos, "no os sorprendáis, le dijo el rey; yo me vanaglorío de rezar mi rosario; es una práctica que conservo de la reina mi madre, y sentiría mucho faltar un solo día á esta devoción."

El embajador de España se presentó en la brillante corte del gran monarca con su rosario en la mano, y nadie encontró nada que tachar en esta acción.

Segun una antigua costumbre, ponfase entonces entre los regalos de boda un rosario de soberbias horas de la Virgen. Esta costumbre duró hasta el tiempo de Luis XV.

Luis XIII habia tomado la Rochela, el último baluarte del calvinismo en Francia; Luis XIV aniquiló esta turbulenta herejía por la reyocacion del edicto de Nantes. Esta medida que aseguró la tranquilidad del reino, ha sido culpada en términos muy amargos. Se olvida que los calvinistas eran entonces los facciosos incorregibles que no se avergonzaron de llamar á los ingleses.

Luis XIV, el monarca mas grande de su siglo, expiró murmurando con sus labios agonizantes el *Ave Maria*, que habia repetido con voz firme por muchas veces consecutivas, mientras se rezaban cerca de él las oraciones de los agonizantes.

LIBRO XIII.

Los tiempos modernos.

DEL seno del Mediterráneo, cuyas olas azules se embalsaman á diez leguas de distancia con el dulce perfume del naranjo, se levanta una isla pedregosa, cuyas montañas coronadas de nieve, cuyos bosques de pinos, cuyas colinas sembradas de enormes castaños, que recordarian la Suiza si sus enormes ramos de mirto, sus bosques de naranjos y de limoneros, sus alamedas de olivos gigantescos, sus robustos granados de rosas encarnadas y sus restos de torres romanas, no diesen á gritos que aquella era una tierra de Italia. Aquel país es la tierra natal de Paolí, el gran patriota, y de Napoleon, el grande emperador; la Córcega, una isla italiana que forma hoy día uno de los departamentos de la Francia.

Esta isla, fértil é inculca á la vez, está habitada por una raza primitiva, pobre, belicosa y hospitalaria como los *Highlands* de Escocia ó de las montañas del Cáucaso; afecta al catolicismo y en todo tiempo pura de toda la herejía, es asustadiza hasta el exceso por lo que toca al honor, y olvidando el mandato divi-